

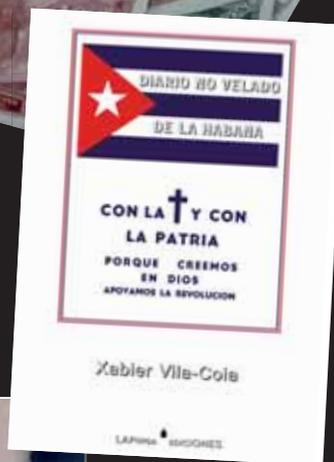
Sangre negra

Texto: DIEGO A. MANRIQUE

Un rincón para la novela negra, la música audaz y otras delicias legales



Billetes de 1, 5, 10, 20, 50 y 100 pesos firmados por el Che Guevara. 1961.



texto causa consternación por el párrafo final: “Mientras los argentinos y las argentinas no quieran enterrar definitivamente a esas sagradas reliquias políticas [se refiere a

Perón y Evita], vivirán entre muertos. Y con los muertos no se construye el futuro; ni tan siquiera el presente”. Eso es puro sacrilegio en un país que sigue sacando rédito político de cadáveres hirsutos como el de Che Guevara o el de Camilo Cienfuegos.

Cuba a pelo

Atención a *Diario no velado de La Habana*, de Xabier Vila-Coia. El título funciona como coartada: podría leerse como “Diario novelado”, con lo que se acogería a sagrado, al territorio de la ficción. También se podría defender como el cuaderno de campo de un indagador atípico.

Les sitúo: Xabier Vila-Coia es un hombre polivalente (antropólogo, politólogo, artista) que pasa ocho meses como investigador en la capital de Cuba entre 2002 y 2003. Tiene estatus de “residente temporal”, lo que no le evita abundantes topetazos con la inflexible burocracia, una de las peores herencias del comunismo soviético. No queda clara la naturaleza de su investigación, aunque parece fascinado por la imaginería de la Revolución: conecta con Alfredo G. Rostgaard, uno de los grandes cartelistas y portadistas del castrismo. Le atraen igualmente elementos gráficos más pedestres, de la publicidad de cervezas a las entradas para actos políticos. También ha publicado sus fotos cubanas en otro libro: *El socialismo no es una utopía: es una ilusión*.



Xabier Vila-Coia en el archivo fotográfico de la Editora Política del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Sigo: *Diario no velado de La Habana* puede ser interpretado como la crónica de un desengaño. Vila-Coia llega a La Habana encariñado con la Revolución: está conectado con la izquierda combativa. Pero no le van a reconocer sus “méritos”. En la Organización para la Solidaridad con los Pueblos de África, Asia y América Latina presenta un artículo que ha publicado contra la deriva neoliberal del peronismo de Menem. Allí su

Gallego de Galicia

Declarado nacionalista gallego, Vila-Coia va de frustración en frustración. Para el cubano común, “gallego” equivale a “español” y punto. Si es un habanero de cierta edad, añadido yo, admirará a don Manuel Fraga: en sus visitas, organizaba pantagruélicos banquetes para la comunidad “gallega”, aparte de otras ayudas institucionales. Xabier se indigna de que los actos de la habanera Cátedra de Estudios Gallegos se desarrollen en español.

El concepto de Nación Gallega resulta incomprensible en el Caribe. Cuando se encuentra con un cubano que al menos entiende sus planteamientos, este le replica que el separatismo de las regiones de España sería una bendición para el imperialismo estadounidense, que podría así controlar con mayor facilidad a los nuevos pequeños estados. Recuerden, estamos en la Cuba de principios de siglo y todo se mira bajo el prisma de la enemistad con “los yanquis”.



Dos obras del cartelista Alfredo G. Rostgaard.



Billete de 20 pesos firmado por el Che. Cuba 1960.

a los regalos del “yuma”. Da lo mismo que sea profesional (jinetera) o amateur. Que conste que la prostitución cubana se diferencia de la que conocemos en Occidente: más que proxenetas, hay “intermediarios” o “conseguidores”. Y ellas insisten en recibir placer: rara vez Xabier se acuesta con una “fingidora”.

Xabier cuenta los prolegómenos (el lígüe) y lo que ocurre en la cama... ¡En cada caso! Insiste en sodomizarlas y generalmente lo consigue. Sus relaciones se van complicando: polvos clandestinos con una jinetera a punto de volar a Italia para casarse con otro amante, un lioso *affaire* con una madre y su hija virgen. Hasta consigue “singar” con una “oriental” (se supone que las mujeres del Oriente cubano son las más calientes de la isla) que no le exige nada a cambio.

A las malas

Mientras tanto, aumenta su desencanto con la Revolución. Se conmueve con la ejecución de tres de los pardillos que intentaron secuestrar una lancha de pasajeros para escapar del Paraíso Socialista. Comprueba que, durante varios días, la noticia está embargada por los medios oficiales: se dosifica la información, aunque es evidente que las condenas a muerte son medidas ejemplarizantes. Una vez anunciada, ante su espanto, muchos de sus conocidos cubanos aplauden la decisión: el aparato propagandístico les ha convertido en “peligrosos terroristas”, cuando la realidad es que la embarcación ni tenía combustible ni estaba preparada para navegar por alta mar. Simpatizantes externos rompen con Cuba; José Saramago publica su famoso “Hasta aquí hemos llegado”.

Xabier siempre ha encontrado argumentos para disculpar al castrismo: no hay libertad de opinión, cierto, pero también en España se cierran periódicos de la izquierda abertzale. Poco a poco, vislumbra la dimensión policial de la vida en Cuba. Los dueños de la casa donde se aloja quieren tomar la filiación de las “jevas” que desfilan por su habitación. El empeño de comprobar si están legalmente justificadas tales intromisiones le enfrenta una vez más con

Empotrado en la cubanía

Minucioso diarista, Xabier Vila-Coia no desperdicia sus poderes de observación. Vive fuera de la burbuja turística, entre cubanos; conoce sus humillaciones diarias. Con una diferencia: lejos de agachar la cabeza, se planta ante la sinrazón y luego escribe cartas de protesta. Imposible no admirar su audacia: le hace preguntas muy incómodas a Eusebio Leal, el intocable virrey de la Habana Vieja. Con maravillosa desfachatez, se presenta en la Oficina de Atención al Ciudadano del Consejo de Estado y solicita una entrevista con Fidel Castro, para entregarle uno de sus libros (“en gallego”, especifica). Ahí no pasa de la primera base: ninguna coña con el comandante en jefe.

Dado que Vila-Coia dedica una buena parte de su dinero y sus energías a follar, lleva mal el supuesto puritanismo del régimen: “En Cuba, lo inmoral no es que haya más o menos maricones o putas, o que se cobre por follarse a los turistas. Lo inmoral es que un trabajador gane 130 pesos al mes por una jornada semanal de 44 horas. Y, lo intolerable, es que esos 130 pesos no le alcancen ni para el sustento de una semana”. Sin embargo, el castrismo tiene manga ancha con el sexo heteronormativo. Se facilita el aborto, el divorcio es un proceso rápido, la promiscuidad masculina recoge más aplausos que reconvenciones. La particular versión cubana del machismo-leninismo sirve para compensar muchas carencias.

La atracción gallega por “el carbón”

La atracción gallega por “el carbón” Otro de los aciertos de Fidel fue acabar con la discriminación de los afrocubanos, conquistando un respaldo que ha sido pétreo hasta hace poco. Sin embargo, Xabier comprueba que el racismo sigue muy vivo entre los cubanos blancos, especialmente entre los que —en un país normal— formarían la médula de la clase media: “A los españoles les perdonamos casi todo. Les perdonamos que matasen a Céspedes, a Maceo, y hasta que mataran a Martí. Lo que no les perdonamos es que hayan traído a los negros”.

Los negros roban, le explican. Los prejuicios llegan a lo grotesco. En la cama, una jinetera blanca recrimina a Xabier que fornicque con negras: “Pero ¿no huelen mal?”. En lides eróticas, Xabier cumple con las previsiones: desde siempre, los “gallegos” se han sentido magnetizados por las mulatas (“ustedes prefieren el carbón”, he oído decir).

Un pichabrava anda suelto

Los ocho meses de nuestro autor son un maratón de sexo salvaje “a la cañona” (sin contemplaciones). Xabier aterriza con el propósito de no pagar por esos menesteres, pero eso es irrealizable. Para una cubana (o un cubano) en estado de merecer, un “yuma” (extranjero) es una cartera con patas. O, más exactamente, un pene con cartera.

La pobreza en la Isla Grande es tan brutal que pocas cubanas renuncian al dinero o

el universo kafkiano de la Administración cubana.

Tipo valiente, Xabier se rebela ante esa mentalidad cuartelera: su descaro deja anonadados a ciudadanos mansos y funcionarios cuadrículados. La suerte le falla en una concentración de masas, el desfile del Día de los Trabajadores. Detectan que está fotografiando detalles nada heroicos y es detenido por la Policía Nacional Revolucionaria; le sueltan tras ceder el carrete que lleva en la cámara (no advierten que se ha guardado otro rollo con fotos anteriores). Vila-Coia escribe una larga queja que envía por mail a la prensa cubana, los principales periódicos españoles y diversos órganos de la izquierda nacionalista; exige el retorno del carrete. Se asombra de que no haya respuesta y que nadie recoja su denuncia.

No enfermes en Cuba

Para entonces, Xabier ya está descubriendo otro secreto que ignoran los fans de Fidel: el desastroso estado de la sanidad cubana, antes motivo de orgullo. Previsor, Vila-Coia ha viajado a Cuba con un seguro médico internacional. Así que, cuando acude al doctor, espera ser bien atendido: su tratamiento será pagado desde España. Su posible giardiasis se convierte en una pesadilla. Encuentra médicos amables, a pesar de su situación laboral (su sueldo mensual es inferior a lo que cobra una jinetera espabilada por un servicio), pero también se topa con sanitarios que descuidan la higiene. Necesita pruebas para enfermedades tropicales que no se pueden realizar, sufre la dispersión entre diversos hospitales, conoce de primera mano la desidia reinante.

Xabier, que ha estudiado enfermería, se horroriza. Y se preocupa aún más al advertir que tiene granitos en la polla. En sus múltiples encuentros sexuales ha usado condones... pero no siempre; en más de una ocasión, se le ha roto el preservativo. Pavor.

Paranoia

A todo esto, su permiso de estancia va a caducar. Y tiene el lógico miedo a ser revisado en la aduana del aeropuerto: la franqueza de sus notas se le atragantaría a cualquier "comecandelas". Por no hablar de las fotos de sus amigas en circunstancias íntimas, que un polizone podría calificar como "pornografía".

Pero estamos en Cuba: todo se puede "resolver". Un amigo, ya jubilado, se ofrece a arreglarlo a través de un alto oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, que se

compromete a facilitar una salida limpia; incluso le devolverán el carrete que se le confiscó.

Urge saber que algunos cubanos se han especializado en el timo al turista. Y son fantásticos en lo suyo. Lo suyo es urdir tramas enrevesadas, fingir voces y tremendos dilemas, llevar al foráneo hasta el extremo de su credulidad... para sacarle pasta. Para entonces, Xabier es consciente de que buena parte de los nativos consideran un deber patriótico el exprimir al visitante. Hasta su colega Carlos, un jinetero al que ha ayudado desinteresadamente, le cuela unos tabacos falsos.

Le queda el consuelo de que esos "impuestos revolucionarios" se extraen con limpieza, sin violencia. Pero hay un epílogo en su libro que viene a decirnos que todo puede cambiar... a peor. De vuelta a La Habana en el 2004, le asaltan brutalmente a la salida de una discoteca; le roban desde el reloj hasta los documentos. Y pasa tres días hospitalizado, mientras cuidan de su traumatismo craneoencefálico. Cuando le interrogan agentes de la PNR, les choca su actitud: "Lo único que me importa es mi recuperación". Los policías terminan



Explicito cartel en el agromercado de San Lázaro y M, en La Habana.

sospechando de la víctima: "Se han dedicado a investigarme, preguntando a todo el mundo por mi persona y por lo que he hecho –incluso íntimamente– desde que llegué por primera vez a la isla".

• *Diario no velado de La Habana*, de Xabier Vila-Coia, está disponible a través de la propia editorial del autor, Lapinga Ediciones; más datos en su web (<http://www.vila-coia.com>). Cuesta 20 euros más gastos de envío, y déjenme puntualizar que es un chollo. Se trata de un libro fastuoso: pasta dura con sobrecubiertas, 600 páginas con dos extensos cuadernillos de fotos e ilustraciones. Pedidos por correo electrónico: xvila-coia@cps.ucm.es 🌿

Luz roja a las drogas

Desde el principio, a Xabier le ofrecen marihuana local y cocaína "de excelente calidad" a 50 dólares el gramo. Como Vila-Coia ya ha tenido sus más y sus menos con las drogas, rechaza comprar.

Hace bien. El uso de sustancias prohibidas le hubiera dejado expuesto a la arbitrariedad de la Justicia

Revolucionaria, por no hablar de los servicios de inteligencia, expertos en explotar debilidades del "enemigo".

Su estancia en Cuba coincide además con una campaña nacional contra las drogas, con brutales condenas a narcotraficantes. A imitación de la legislación estadounidense, un decreto ley permite la confiscación de viviendas, locales y tierras donde "se produzca, trafique, adquiera, guarde,



Mulata cubana posando, de forma desinteresada, para el autor.

consuma u oculte" cualquier tipo de droga ilícita.

A la llamada de las autoridades acuden organizaciones con un lenguaje apocalíptico: "No permitiremos que un grupo de sórdidos delincuentes traten de erosionar las conquistas de nuestro pueblo" (Federación de Mujeres Cubanas). Ni el mayor disidente se atrevería a teorizar sobre la legalización de algunas drogas.